





Instantáneas

Javier Herrero

ojo de agua - ambiente educativo

 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

 965.583.213 - 649.901.562

ojodeagua@telefonica.net

Instantáneas

Javier Herrero

“Oye, Javier, ¿a ti te gusta trabajar con las herramientas?” La voz surgía a mis espaldas entre martillazos. “Bueno”, contesté sin volverme, “estoy aprendiendo”, respondí, mientras construía un puzzle de madera, consciente de mi escasa de habilidad manual. Un par de martillazos después, de nuevo la voz de seis años declaraba: “¡¡A mí me encanta trabajar con las herramientas!!” Esta vez sí que me volví. Había algo en la voz de ese chico... Ahora sé lo que era: ¡¡Pasión!! Los signos de admiración no hacen justicia al tono empleado para declarar ese gran amor. Los martillazos continuaban con la misma energía, con la misma pasión que se escapaba a raudales por su voz.

Quizá sería interesante relatar de qué manera llegaron las herramientas a nuestro ambiente. Creo que es una bonita historia que puede reflejar aspectos interesantes sobre esta aventura educativa que estamos compartiendo. Fue al inicio de instalarnos en el terreno. Yo acostumbraba a llevar mi caja de herramientas siempre conmigo y casi ningún día faltaba ocasión para utilizar parte de su contenido. Y H. siempre estaba allí. Siempre revoloteando alrededor. Siempre observando. Husmeando. Siempre pidiendo permiso para utilizar este o aquel instrumento. Siempre preguntando: “¿Para qué sirve esto?” Yo le concedía el permiso de utilizar mis herramientas, condicionado a que sólo las utilizara él y a que después las devolviera al lugar en que las encontré. Y siempre cumplía. Hasta que un día, una persona adulta le vio manejando un serrucho. Hasta ese momento (en realidad, hasta hoy mismo) ningún accidente se ha producido en el manejo de herramientas, salvo pequeños golpes en los dedos. Además, mi percepción era que H. seguía puntualmente las recomendaciones de uso que le iba explicando. No obstante, alguien solicitó a la Asamblea que no se permitiese utilizar mis herramientas, dado que eran peligrosas para ser utilizadas por niños pequeños. Encontramos un juego de herramientas para niños y lo adquirimos. Pusimos reglas y todos y todas se abalanzaron sobre ellas las primeras semanas. Transcurrido algún tiempo, la novedad dejó de serlo. Pero algunos volvían sistemáticamente a las herramientas. En la cabeza de H. bullían los proyectos. Sólo que siempre solicitaba a algún adulto que le hiciera el trabajo y cuando el adulto se ocupaba en ayudarlo al desarrollo de tales proyectos, H. se quedaba extasiado mirando hacia otro lado o se interesaba por otra actividad dejando que el adulto de turno le hiciera el trabajo. Alguien dijo que H. siempre “necesitaba a un adulto haciéndole algo.” Parecía evidente que lo que quería era que los adultos le hicieran el trabajo. Esto, que se menciona en dos frases que no cuesta más de 15 segundos leer, resultó ser un largo aprendizaje para los adultos y nos llevó no pocas conversaciones. Finalmente, en lo que a mí tocaba, decidí atender a los deseos de H. siempre que estuviera presente, atento y participativo. En caso contrario, pararía de trabajar en “su” proyecto. Por otro lado, algunos de los proyectos que solicitaba H. estaban fuera de sus propios límites e incluso de los límites de cualquier adulto (por ejemplo, hacer una excavadora de madera ¡¡a tamaño natural!!). Encontrarse con la imposibilidad de realizar esos

proyectos inalcanzables y fuera de sus propias posibilidades no debió resultar nada fácil para H. ¡Tampoco lo era para mí presenciar la frustración que percibía que estaba experimentando. Finalmente, un día, H. me llamó y me dijo que me acercara a la mesa-taller. Me dijo: "Necesito que me ayudes." Yo esperaba que me pidiera que le hiciera algo para él, pero me sorprendió: "Quiero que sujetes estas maderas así", ordenó, colocando dos maderas en ángulo recto. Así lo hice. Luego otras dos. Así, hasta que terminó una construcción de madera. "Es un avión de guerra", declaró orgulloso sin que nadie le hubiera preguntado. "Lo he hecho yo solo." La satisfacción era evidente en su rostro, en su sonrisa. Desde entonces, H. ha construido montones de aviones de guerra para él y sus amigos, sólo o en equipo con otros. Lo último es un avión musical con antena incluida. También quiere construir un coche con motor que funcione de verdad... Estoy pensando en invitarle a visitar una fábrica de coches de verdad. Sobre las herramientas, después de las de juguete, compramos herramientas de mediana calidad, pero se rompen. De modo que hemos aprendido que necesitamos herramientas reales.

Desde hacía algún tiempo, S. venía demostrando interés por las letras. Ya el año pasado, por ejemplo, durante una visita a una alfarería le descubrí observando atentamente, absorto, un expositor con todo un abecedario de letras de barro. Después, S. comenzó a preguntar cuál era esta o aquella letra y pedía que se la escribieran ¡en el aire! Al principio, el primer impulso era escribirla en el papel, pero entonces S. se enfadaba. De modo que nos acostumbramos a escribir letras con nuestros dedos y sin tinta. En realidad, nadie sabe cómo S. pasó de dibujar buñuelos a pintar letras. Ese es un misterio que nunca seremos capaces de descifrar. El caso es que nos encontramos poco tiempo después con que S. comenzó a pedir que le mostráramos cómo se escribía esto o aquello. Incluso llegó a pedir en un momento dado clases de escritura (que nunca han llegado a cuajar y que parecen innecesarias, puesto que el impulso de escribir se le despierta en cualquier momento y en cualquier lugar). Un día, S. hizo una propuesta. Yo le indiqué que lo que procedía era hablarlo en la Asamblea y que para eso había que apuntarlo en el orden del día. "Vamos", me dijo. Se sentó en la mesa grande y me sugirió: "Tú me dices que letras son y yo las escribo." Así, fui diciéndole letra a letra. Al llegar a la *ese*, intentó copiarla, pero al ver el resultado exclamó: "Es que ésta no me sale porque tiene muchas curvitas." Mientras terminaba de recoger, oí la voz de S. que me llamaba muy alterado. Me acerqué lo más velozmente que pude esperando algún pequeño desbarajuste. Pero me encontré con S. que exclamaba: "Me ha salido; mira, me ha salido," al tiempo que señalaba una *ese* pintada en un papel. Últimamente, S. está interesado en los diversos tipos de letras. El otro día se le ocurrió preguntar cómo se escribiría su nombre con letras cuadradas y probamos a hacerlo. También le llaman la atención las mayúsculas y las minúsculas. En una ocasión reciente, solicitó que escribiera su nombre. Luego, me pidió que escribiera alguna otra cosa: lo que yo quisiera. No sabía que escribir. Le pregunté qué quería él, al igual que en otras ocasiones en que decía palabras y yo las escribía, pero insistió en que lo que yo quisiera. Miré el papel, vi su nombre escrito y no se me ocurrió otra cosa que escribir

palabras que contuvieran sólo las letras de su nombre. Salieron seis o así y S. se quedó muy sorprendida de ese detalle. Creo que le resultó curioso.

Estas no son más que dos anécdotas. Pero son significativas de cómo se produce el aprendizaje. Sin inducción de ningún tipo. Sin propuestas. Espontáneamente. Simplemente, respondiendo a los intereses que van demostrándose. El aprendizaje es un milagro que se produce sin que sepamos cómo se da. Ni siquiera dónde. En ocasiones, es fulminante. Cómo ese niño que pidió que le enseñaran a hacer el nudo de los zapatos y lo aprendió ¡¡en tres minutos!! Y todo esto es bien importante porque a lo mejor tenemos la idea preconcebida de que el tiempo en el que nuestros hijos están en el entorno que construimos para ellos tienen que aprender las cosas que “se supone” que tienen que aprender (ya sea, escribir, ya sea ésta o aquella actividad artística o cualquier otra actividad). En realidad, el aprendizaje se produce en cualquier lugar y en cualquier momento. Y es decisión de los niños qué vivencias -qué aprendizaje- desean desarrollar en las cuatro horas que pasamos juntos y cuáles desarrollar en sus casas o con sus amigos. Conozco niños a los que en el tiempo que estamos juntos no han cogido un pincel y que, sin embargo, en sus casas pasan horas concentrados en decorar figuras y maquetas. Sin embargo, según podría parecer, el hecho de que los pinceles estén allí debería “despertarle las ganas”. El aprendizaje se da porque “los seres humanos son curiosos por naturaleza” y es mi convicción que cuando en una persona se desata un interés genuino es difícil -casi diría imposible- no escucharlo porque cuando quieren algo -y lo quieren de veras- insisten e insisten. Y es entonces - desde mi punto de vista- cuando los adultos debemos afrontar con toda nuestra responsabilidad la búsqueda de los medios adecuados y suficientes para calmar, satisfacer, desarrollar ese interés. La propuesta es que permitamos que sea cada uno quien defina cuáles son sus necesidades. No nos tomemos la molestia de definir las por los demás. No demos nada por supuesto. Podremos llevarnos muchas sorpresas.

N.B.: Me doy cuenta de que estas fotos-fijas, estas instantáneas, que muestro son “educativamente correctas”, esto es, están referidas a actividades que los adultos consideramos “provechosas”, “productivas” o simplemente intuimos que “les servirán para desenvolverse en el futuro”. Sin embargo, en este mismo momento me surge la imagen de tres niñas jugando. Una, de pie, frente a las otras dos, sentadas una a cada lado de una mesa. La que está de pie, proclama: “Yo soy el avión y vosotras las torres, ¿vale?” Extiende los brazos cual si fuera un avión y se dirige hacia una de sus amigas, choca con ella, y ésta cae sobre otra silla que habían colocado detrás. La niña-avión vuelve a su posición inicial y dice: “Ahora, tú.” Y se dirige nuevamente con los brazos extendidos hacia su segunda compañera de juego. Choca con ella y también cae sobre otra silla. Pero inmediatamente se levanta y le dice: “Eh, pero no tan fuerte que yo soy más pequeña y me ha hecho daño.” Y la niña-avión, responde: “Ah, bueno, espera,” y volviendo a su posición de salida, se lanza en vuelo nuevamente sobre la segunda compañera-torre que la espera sentada en su silla y cuando está tan cerca de ella que el contacto físico ya casi es



imposible de evitar, acerca sus labios a su amiga-torre y le da un delicado y tierno beso en los labios.

Me pregunto si no estamos desdeñando el tremendo valor de la actividad espontánea de los niños –que en su mayor parte es juego- al preocuparnos sólo por proponer lo que nosotros pensamos que es lo importante e ignorar toda esa inagotable actividad que se despliega un día sí y otro también, ignorar que quizá alguno se aburre y no sabe qué hacer, pero que todos los demás están permanentemente ocupados en utilizar los recursos que estamos siendo capaces de ofrecerles (entre los que se encuentra -y no precisamente entre los de menor relevancia- un espacio y un entorno de respeto para poder desarrollar la actividad que de ellos surja espontáneamente). Para mí, el énfasis debe ponerse en la persona, no en lo material. Y la actividad verdaderamente valiosa es la que surge por propia iniciativa. Sugiero que tengamos paciencia, que nos desatemos de nuestras angustias, que miremos con otros ojos, con una mirada relajada. A mí se me abrió un mundo nuevo al otro lado del espejo cuando fui capaz de zafarme de los rígidos clichés sobre quién debe aprender qué, dónde y cuando.

Autodidacta, número 5, primavera 2003